

esta importación también traerá un contingente humano, italianos y corsos. Los nativos de la Isla de Elba, traerán consigo toda la riqueza y el carácter de la cocina mediterránea. *"Los elbanos, como los otros [los corsos], dejaron sus influencias benéficas en la tierra merideña... Desde su llegada, los domingos se volvieron distintos de los de antes. Esos días se llenaron de música y de vino, y de sabrosos olores de raviolis que navegaban sin paz en el aire que nacía en la cocina."* (p. 101).

Pero este retrato de la culinaria merideña estaría incompleto sin las manos y la imaginación que hicieron posible el degustar estos alimentos. Las amas de casa de todas las épocas fueron las encargadas del mantenimiento del hogar y la buena mesa. Las familias pudientes contaban entre sus miembros insignes cocineras y reposteras, que conservaban su recetario familiar, en secreto, como joyas. Cuando las condiciones económicas no eran del todo propicias, el arte de la cocina se convertía en ayuda al sustento familiar. *"Como la mayoría de los hogares merideños eran modestos, y no alcanzaban los ingresos del padre a cubrir los gastos familiares, muchas veces el ama de casa, con la ayuda de mozas o sirvientas, contribuía al presupuesto familiar elaborando panes y dulces, que eran vendidos de puerta en puerta por los criados o conchabados, voceando ruidosamente la mercancía"* (p. 85). Uno de los personajes singulares de la cocina merideña, es sin duda, "la bodera". Las familias adineradas de la ciudad contrataban para ocasiones especiales; para bodas, o visitas muy importantes, a estas cocineras que de acuerdo a sus habilidades podían convertirse en empleadas muy solicitadas. Los autores de este trabajo tras la pista de estas abnegadas mujeres, incluyen en el libro, el testimonio de sus vidas y las remembranzas de su oficio, a modo de homenaje a las mujeres merideñas.

Finaliza este libro, con el testimonio de la cocina merideña, es decir con sus recetas. Sopas, carnes, ensaladas, salsas, postres, cremas, panes y bebidas alcohólicas en las que se evidencia la imaginación y creatividad de nuestra mesa andina. Sirve además este recetario como un forma de preservar las tradiciones culinarias que debemos conservar para seguir las disfrutando. **Mesa y Cocina en Mérida** es la demostración de como abordar un aspecto de la vida e historia de una sociedad, desde una dimensión innovadora y amena. Un aporte historiográfico, que refleja en sus páginas el cariño que inspira esta ciudad. No en balde dicen sus autores: *"De esta manera, nos hemos propuesto, ojalá que con resultados felices, recrear con mayor propiedad la sustancia que nutre nuestro amor por la ciudad, que no nos cansamos de ponderar como un escenario privilegiado para gozar con plenitud la alegría de la vida."* (p. 16)

Juan Carlos Contreras

Jacqueline Clarac de Briceño (Compiladora).

Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural.

Mérida, Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, CONAC, 1996.

UNA MIRADA IMPORTANTE AL PASADO PREHISPANICO MERIDEÑO

En diversas oportunidades cuando nos ha tocado referirnos a la historiografía sobre Mérida, producida en la Escuela de Historia hemos afirmado categóricamente que ha sido en la Universidad donde verdaderamente se ha escrito gran parte de la historia de Mérida, respetando y reconociendo la labor de algunos cronistas, eruditos e historiadores que en el transcurrir del tiempo se han dedicado consecuente o esporádicamente a referir o a estudiar hechos del proceso histórico merideño.

Una evidencia importante de nuestra afirmación lo constituye el libro: **Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural**, compilado por la Dra. Jacqueline Clarac de Briceño. Además de esta destacada profesional de la antropología y profesora de la Escuela de Historia, aparecen en el libro, como autores, egresados de la misma que hoy cumplen actividades de docencia e investigación o se encuentran en proceso de formación, lo cual corrobora aún más lo que antes decíamos, particularmente porque se trata de dieciséis estudios referidos a los antiguos habitantes de la meseta y cordillera de Mérida y su proyección en el tiempo. Aspectos que si bien habrían sido tratados por otros estudiosos y, porque no decirlo, "curiosos", estos no tuvieron, en unos casos, la rigurosidad con que se analizan en esta obra; en otros, si bien fueron estudios científicos quedaron aislados por su especificidad y características particulares. Como antes dijimos, hay que reconocer la labor pionera de Alfredo Jahn, Julio César Salas, Tulio Febres Cordero, Miguel Acosta Saignes, Mario Sanoja, Erika Wagner, Adrián Lucena y Jorge Armand, por ejemplo, orientada al deseo de reconstruir desde la historia, la antropología y la arqueología la vida de los antiguos habitantes de esta parte de los andes venezolanos.

Ahora estamos en presencia del resultado de un trabajo sostenido y dirigido por la profesora Jacqueline a través de sus cátedras y del primer Museo Arqueológico de la ULA, trabajo compartido con sus alumnos y más consecuentemente con sus verdaderos discípulos, lo cual permite decir que dentro de la Escuela de Historia existe ya otra escuela: la de los estudios antropológicos, etnológicos y etnohistóricos, creada y dirigida por Jacqueline Clarac de Briceño. Escuela que tiene espacio, que tiene organización y que tiene, sobre todo, discípulos deseosos de continuar la labor en que los encaminara su Maestra. Allí están ellos, en este libro; unos de adentro, otros de afuera, Andrés Puig Saltarelli, Cludine Kauman, Antonio Niño, Ernesto Palacios Pru, Carlos García Sivoli, Raquel Martens, Luis Bastidas, Belkis Rojas y Thania Villamizar.

En la Primera Parte de este pesado libro, digo, por el peso del papel, pero ligero en su lectura, el lector encontrará el análisis serio de las antiguas etnias de Mérida, las invasiones de otros grupos indígenas, el asentamiento de la población, la tecnología agrícola de aquellos pueblos, las vías de comunicación, la vivienda, el análisis técnico de los restos arqueológicos, el arte y su simbología social, las costumbres funerarias los problemas del patrimonio arqueológico y hasta las características dentarias de las poblaciones autóctonas merideñas comparadas con las de hoy. En la segunda se analizan el período de contacto con el español y las transformaciones simbólicas ocurridas, a través de trabajos que demuestran el encuentro e itinerario de la conquista y la resistencia indígena; la "conquista pacífica" y las zonas de refugio de los pueblos de indios; la resistencia cultural y lingüística; la proyección de ese pasado en la mitología campesina actual, en la historia, en la oralidad, en el simbolismo del agua y los animales míticos, en la cosmología y los ritos mortuorios todavía practicados entre los campesinos de la cordillera. De manera que los autores han logrado imbrincar dos tiempos, mejor dicho tres, tiempos que para muchos resulta a veces difícil de comprender que se pueda hacer: el prehispánico, el colonial y el nacional en su proyección hasta lo contemporáneo.

No me resta más que agradecer a Miguel Angel Rodríguez Lorenzo, uno de los que faltó en el libro, por haberme seleccionado para hacer esta reseña y a la apreciada profesora Clarac y demás autores por habernos dado la oportunidad de contar con un libro que no debe quedarse en los anaqueles de nuestras bibliotecas y mucho menos de las del Consejo de Publicaciones, sino que por el contrario debe volar los aires nacionales e internacionales para mostrar el significativo aporte que hace al conocimiento antropológico de los antiguos y actuales habitantes de Mérida, y demostrar que existe una Escuela en la que, además de la docencia, también se hace investigación con rigurosidad científica.

Alí Enrique López B.

F. Eduardo Osorio C.

Los Andes venezolanos. Proceso social y estructura demográfica (1800-1873). Mérida, Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico, Consejo de Publicaciones, 1996.

CORRESPONDENCIA A LA PETICION DE UN AMIGO

La producción historiográfica de Eduardo Osorio evidencia una doble preocupación: el tema de lo económico-social y el problema metodológico. En cuanto a lo primero, no se si de alguna manera sea una respuesta a su inconclusa carrera de Economía o a la aplicación de los conocimientos allí adquiridos; en relación a lo segundo, además de su propia formación, no dudo en señalar que también, de alguna o muchas maneras, incidieron los

tres maestros a quienes honrosamente dedica este libro: Horacio López Guédez, Luis Cipriano Rodríguez y Miguel Izard. Los dos primeros, sus profesores en Mérida; el último su tutor en Barcelona, España.

Los Andes Venezolanos. Proceso Social y Estructura Demográfica (1800-1873), representará un hito en nuestra historiografía, por varias razones. Se trata, primero, del estudio de un problema socio-económico-demográfico de una región histórica venezolana; y, segundo, en una etapa del siglo menos estudiado por historiadores y otros estudiosos del devenir venezolano, particularmente en lo que a los Andes se refiere. En dos apretados pero exhaustivos capítulos, Eduardo Osorio nos presenta su reflexión heterodoxa, como él la denomina, sobre características significativas de la sociedad andina venezolana del siglo XIX, específicamente la de los actuales Estados Mérida, Táchira y Trujillo, partiendo del análisis de la transición de la sociedad colonial a la republicana-liberal, y abarcando aspectos como la determinación de los grupos sociales, las dimensiones de cada uno de ellos, las diferencias legales y étnicas, las relaciones entre las distintas clases (categoría que asume como determinante para explicar a dicha sociedad), definidas éstas desde su participación en la producción y los cambios operados en la estructura social en el transcurso de aquella centuria.

Dentro de la buena tradición de historiadores como Mario Briceño Iragorry, Héctor García Chuecos, Mariano Picón Salas, Eduardo Arcila Farías, Horacio López Guédez e Ildelfonso Leal, por sólo citar una muestra selecta, Eduardo Osorio rescata para la comprensión de la sociedad andina del siglo XIX el legado colonial. Aspecto en el que tanto insistieron e insisten estos y otros estudiosos de ese pasado, y el que también compartimos, no como el regodeo de una herencia que nos hace parte de un proceso histórico mucho más complejo y extenso, ni tampoco la apología de tres siglos de dominación, sino la inserción en un mestizaje biológico y, sobre todo, cultural que dará origen a una sociedad distinta, pero que siempre mantuvo su identificación determinante con valores que caracterizan a la nación ibérica que conquistó y ocupó los territorios de la actual Venezuela y, por ende, de esta región andina: religión, lengua, costumbres e instituciones. De allí que el autor introduzca su primer capítulo con el título de "**Para saber a qué atenernos**": atenernos a saber que hubo una iglesia que controló la sociedad colonial; que ésta estaba estratificada, producto de una legislación que lo imponía; que el indígena tuvo una condición no sólo de subordinación con respecto al blanco, sino también de ser una etnia "separada", que obviamente sirvió para justificar una división cultural que acentuó aún más esa subordinación; que al lado de estos naturales "reducidos" y "resguardados", existió una población negra intencionalmente negada pero que significó mucho en el proceso productivo de la economía colonial andina. Atenernos a saber también que esa economía pasó, de una economía deprimida en los siglos XVI, gran parte del XVII y primera mitad del XVIII, a una economía relativamente próspera a partir de entonces, gracias a la colonización de nuevas áreas, incorporación de nuevos sectores de la producción y la ampliación de los mercados internos y externos; saber que para que este crecimiento se